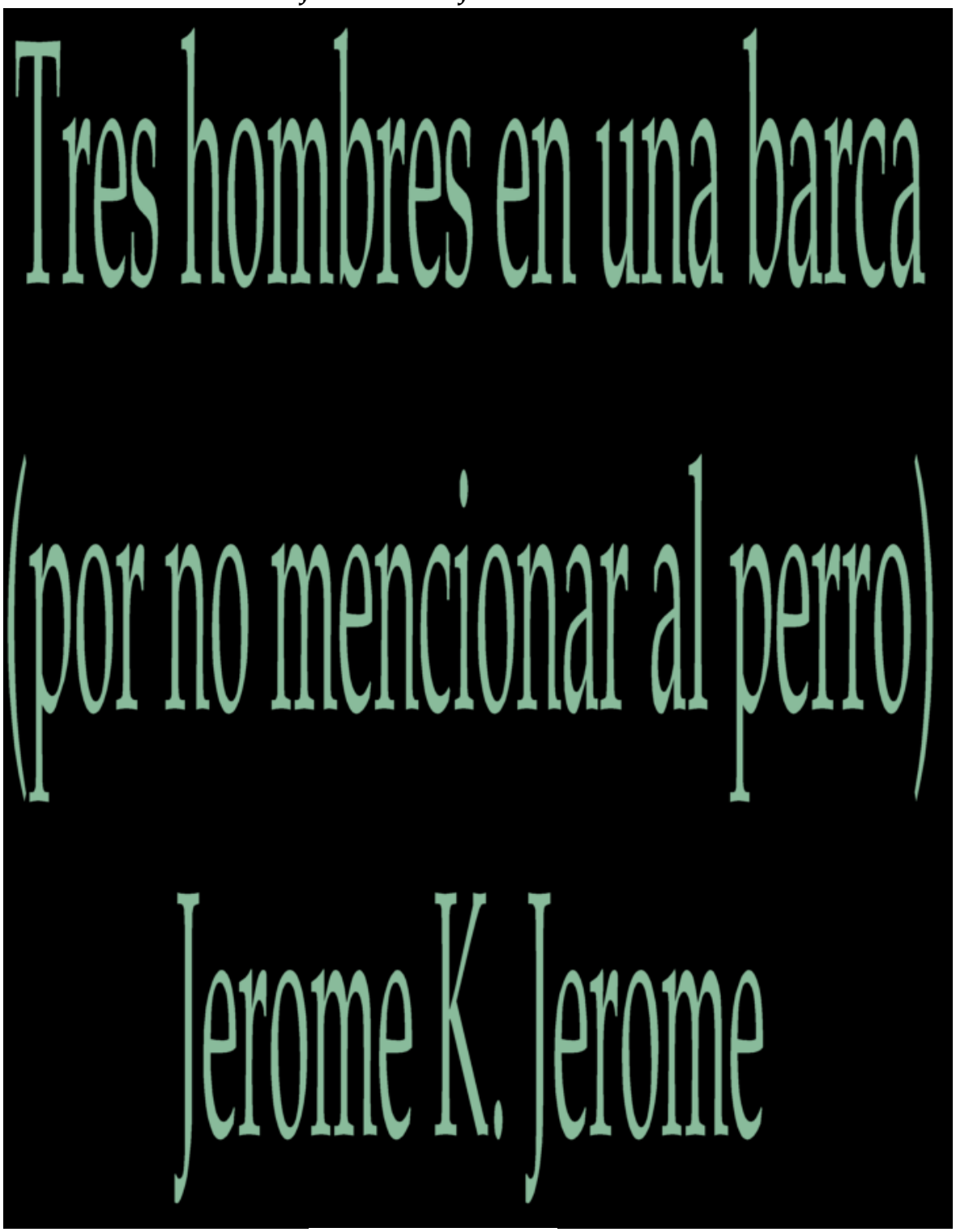
Tres hombres en una barca
(por no mencionar al perro)
Jerome K. Jerome



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

PREFACIO A LA PRIMERA EDICION

La principal belleza de este libro no reside tanto en su estilo literario o en el alcance y utilidad de la información que proporciona como en su simple veracidad. Sus páginas constituyen un registro de acontecimientos que ocurrieron realmente. Todo lo que se ha hecho es darles color, y ello sin recargo alguno de precio. George y Harris y Montmorency no son ideales poéticos, sino seres de carne y hueso... especialmente George, que pesa unos ochenta kilos. Quizá otras obras sobrepasen a ésta en profundidad de pensamiento y conocimiento de la naturaleza humana, y otros libros rivalicen con éste en originalidad y tamaño, pero, en lo que toca a veracidad sin esperanza ni curación posible, nada descubierto hasta el presente puede superarlo. Creemos que este encanto, por encima de los demás que lo adornan, dará a este volumen un valor precioso para el lector atento y prestará peso adicional a la lección que el relato contiene.

Londres,
Agosto de 1889.

CAPITULO PRIMERO

Tres inválidos. Sufrimientos de George y Harris. Víctima de ciento siete enfermedades mortales. Recetas útiles. Cura para las afecciones hepáticas infantiles. Acordamos que sufrimos de exceso de trabajo y necesitamos descanso. ¿Una semana en el mar proceloso? George sugiere el río. Montmorency presenta una objeción. Moción original aprobada por mayoría de tres a uno.

Eramos cuatro: George, William Samuel Harris, yo y Montmorency. Estábamos sentados en mi habitación, fumando y charlando sobre lo malos que nos encontrábamos... malos desde un punto de vista médico, naturalmente.

Todos nos sentíamos enfermos, lo que nos estaba poniendo bastante nerviosos. Harris dijo que a veces le daban unos mareos tan extraordinarios que apenas sabía lo que hacía, y después George dijo que también él tenía mareos y apenas sabía lo que hacía. En mi caso, lo que no funcionaba era el hígado. Sabía que el hígado no me funcionaba porque acababa de leer un prospecto de píldoras hepáticas donde se detallaban los diversos síntomas que permiten apercibirse del mal funcionamiento del hígado. Yo los tenía todos.

Aunque parezca realmente extraordinario, jamás he leído un prospecto farmacéutico sin llegar inevitablemente a la conclusión de que padezco de la enfermedad allí descrita, y en su forma más virulenta. El diagnóstico parece coincidir, sin excepción y exactamente, con todas las sensaciones que he sentido alguna vez en la vida.

Recuerdo que un día fui al Museo Británico para leer algo sobre el tratamiento de un ligero achaque que me afectaba... creo que era fiebre del heno. Bajé el libro y leí cuanto tenía que leer; y después, irreflexiblemente, lo hojeé descuidado y empecé a estudiar con indolencia las enfermedades en general. No recuerdo cuál fue la primera dolencia donde me sumergí –sin duda algún temible y devastador azote– pero, antes de haber llegado a la mitad de la lista de «síntomas premonitorios», supe sin lugar a dudas que la había contraído.

Me quedé unos instantes paralizado de horror. Después, con la indiferencia propia de la desesperación, seguí pasando páginas. Llegué a la fiebre tifoidea, leí los síntomas, descubrí que tenía fiebre tifoidea, que debía tenerla desde hacía meses sin saberlo. Me pregunté qué más tendría. Llegué al baile de San Vito; descubrí, como ya esperaba, que también lo tenía. Empecé a interesarme por mi caso y, decidido a investigarlo a fondo, inicié un estudio por orden alfabético. Observé que estaba contrayendo la malaria, cuyo estado crítico sobrevendría en un par de semanas. Constaté aliviado que padecía la enfermedad de Bright sólo en forma benévola y que, en lo que a ello tocaba, me quedaban muchos años de vida. Tenía el cólera, con complicaciones graves, y parece que había nacido con difteria. Recorrí concienzudamente las veintiséis letras para llegar a la conclusión de que la única enfermedad que no padecía era la *rodilla de fregona.*

Esto me irritó en un primer momento. Parecía, en cierto modo, una especie de menosprecio. ¿Por qué no tenía *rodilla de fregona?* ¿Por qué tan odiosa salvedad? Al rato, sin embargo, se impusieron sentimientos menos egoístas. Recordé que tenía todas las demás enfermedades conocidas por la farmacología, mi egoísmo cedió y decidí arreglármelas sin *rodilla de fregona.* Parecía que la gota, en su estadio más maligno, se había apoderado de mí sin que yo me diera cuenta, y era evidente que

sufría zimosis desde la más temprana infancia. Después de zimosis no había más enfermedades, por lo que concluí que ya no me ocurría nada más.

Ponderé el asunto. Pensé que debía ser un caso bien interesante desde el punto de vista médico. ¡Menuda adquisición para una clase! Si contaran conmigo, los estudiantes no necesitarían ya hacer práctica hospitalaria. Yo era un hospital en mí mismo. Todo lo que tenían que hacer era dar una vuelta a mi alrededor y después recoger el diploma.

Entonces me pregunté cuánto tiempo me quedaría de vida. Traté de examinarme. Me tomé el pulso. Al principio no sentí ningún pulso. Después, de pronto, me pareció que echaba a andar. Saqué el reloj y lo medí. Ciento cuarenta y siete pulsaciones por minuto. Traté de sentirme el corazón. No sentí el corazón. Había dejado de latir. Con el paso del tiempo he sido inducido a la opinión de que tenía que estar ahí y de que tenía que estar latiendo, pero no puedo asegurarlo. Me palpé todo el frente, desde lo que llamo la cintura hasta la cabeza, un poquito por cada lado y un poquito por la espalda. Pero no oí ni sentí nada. Traté de mirarme la lengua. La saqué todo lo que pude, cerré un ojo y traté de examinarla con el otro. Sólo alcancé a ver la punta, y lo único que saqué en limpio fue convencerme con mayor seguridad que antes de que tenía escarlatina.

Había entrado en aquella sala de lectura caminando como un hombre sano y optimista. Salí arrastrándome, convertido en una ruina decrépita.

Acudí a mi médico. Es un viejo amigo, que me toma el pulso, me mira la lengua y habla del tiempo, sin cobrarme nada, cuando se me mete en la cabeza que estoy enfermo, así que pensé que le haría un favor presentándome en esas condiciones. Lo que necesita un médico, pensé, es práctica. Puede contar conmigo. Conmigo podrá practicar más que con mil setecientos de sus enfermos comunes y corrientes, que no tienen cada uno más de una o dos enfermedades. Así que fui directamente a verle, y me dijo:

–Bueno, ¿qué te pasa?

Yo dije:

–No pretendo malgastar tu tiempo, camarada, contándote lo que me ocurre. La vida es breve, y podrías morir antes de que yo terminase. Pero sí te diré lo que *no* me pasa. No tengo *rodilla de fregona.* No puedo decirte por qué no tengo *rodilla de fregona,* pero el caso es que así es. *Tengo,* sin embargo, todo lo demás.

Y le conté cómo lo había descubierto.

Me hizo desvestirme y me examinó, me cogió por la muñeca y después me golpeó en el pecho cuando menos lo esperaba –una acción cobarde, en mi opinión– e inmediatamente después me embistió con un lado de la cabeza. Terminado esto, se sentó, escribió una receta la plegó y me la entregó. Me la metí en el bolsillo y me fui.

No la abrí. La llevé a la botica más cercana y la entregué. El boticario la leyó y me la devolvió.

Me dijo que no podía atenderme.

Yo dije:

–¿No es usted farmacéutico?

El dijo:

–Soy farmacéutico. Si fuera una combinación de almacén de cooperativa y hotel de familia quizás podría ayudarle. El ser sólo farmacéutico me lo impide.

Leí la receta. Decía lo siguiente:

1 libra de bistec, con
1 pinta de cerveza amarga cada seis horas
1 paseo de diez millas todas las mañanas.
1 cama a las once en punto de la noche.
Y no te llenes la cabeza de cosas que no entiendes.

Seguí las instrucciones, lo que felizmente –desde mi punto de vista– resultó en la preservación de mi vida, que aún sigue en marcha.

Esta vez, para volver al prospecto de las píldoras para el hígado, tenía inequívocamente todos los síntomas, entre los que destacaba «una general desgana para todo tipo de trabajo».

Nadie podrá comprender jamás lo que sufro en este sentido. Soy un mártir de este síntoma desde la más tierna infancia. De niño, la enfermedad no me dejaba prácticamente un solo día de respiro. Los demás no sabían en aquel tiempo que era un problema de hígado. La ciencia médica estaba considerablemente menos avanzada que ahora, y lo atribuían sencillamente a holgazanería.

–Ah, diablillo remolón –me decían–, levántate y haz algo para ganarte la vida, que ya es hora.

Naturalmente, no sabían que estaba enfermo.

Por la misma razón, no me daban píldoras. Me daban capones. Y, por extraño que parezca, los capones a menudo me curaban... momentáneamente. Sé por experiencia personal que un solo capón actuaba sobre el hígado y me hacía ir de aquí para allá y hacer lo que había que hacer con más velocidad que hoy en día toda una caja de píldoras.

Ya saben, ocurre a menudo. Los remedios sencillos y pasados de moda son a veces más eficaces que todas las porquerías de dispensario.

Pasamos una media hora más describiéndonos mutuamente nuestras respectivas enfermedades. Yo les expliqué a George y a William Harris lo que sentía al levantarme por la mañana y William Harris nos contó cómo se sentía al acostarse. George, puesto en pie sobre la alfombra de la chimenea, hizo una poderosa e inteligente representación, ilustrativa de sus sentimientos nocturnos.

George *cree* que está enfermo, pero en realidad jamás tiene nada.

En ese momento, la señora Poppets llamó a la puerta para saber si estábamos dispuestos para la cena. Nos dirigimos mútuamente una triste sonrisa y decidimos que probablemente nos sentaría bien tomar un bocado. Harris dijo que echarse algo al estómago era a menudo una forma de mantener la enfermedad bajo control, así que la señora Poppets entró con la bandeja y los demás nos sentamos a la mesa y jugueteamos con un filetito con cebolla y un poco de tarta de ruibarbo.

Creo que ese día yo estaba bastante enfermo, porque, pasada aproximadamente media hora, perdí interés por la comida –cosa rara en mí– y ni siquiera tomé queso.

Cumplidos estos deberes, rellenamos los vasos, encendimos las pipas y reanudamos la discusión sobre nuestro estado de salud. Ninguno de nosotros estaba exactamente seguro de lo que nos pasaba, pero nuestra opinión unánime fue que lo que nos ocurría –fuera lo que fuese– se debía al exceso de trabajo.

–Lo que nos falta es descanso –dijo Harris.

–Descanso y un cambio completo de aires –dijo George–. La gran tensión cerebral que sufrimos ha producido una depresión generalizada en el sistema. Un cambio de ambiente, un lugar donde no haga falta pensar, restauraría nuestro equilibrio mental.

George tiene un primo que los atestados de comisaría describen generalmente como estudiante de medicina, por lo que, como es natural, utiliza expresiones más o menos propias de un médico de cabecera.

–Me mostré de acuerdo con George y sugerí buscar un lugar anticuado y retirado, lejos de las masas enloquecidas, para pasar una soñadora semana en sus soñolientas callejuelas... algún rincón semiolvidado, escondido por las hadas, lejos del mundanal ruido, algún nido de águilas singularmente situado en los acantilados del tiempo, desde el cual el agitado oleaje del siglo XIX resonara lejano e imperceptible.

Harris dijo que eso le parecía deprimente. Dijo que conocía ese tipo de lugares, donde todo el mundo se acostaba a las ocho y no había forma de encontrar un periódico por todo el oro del mundo, aparte de tener que andar diez millas para conseguir tabaco.

–No –dijo Harris–. Si queréis descanso y cambio, no hay nada mejor que un viaje en barco.

Yo tenía graves objeciones contra un viaje en barco. Un viaje en barco sienta bien cuando dura un par de meses, pero para una semana es una verdadera crueldad.

Sales un lunes, con el corazón dominado por la idea de que vas a pasarlo bien. Te despides con elegancia de los muchachos de la costa, enciendes la mayor de tus pipas y vacilas por cubierta como si fueras el capitán Cook, sir Francis Drake y Cristóbal Colón al mismo tiempo. El martes lamentas haber subido al barco. El miércoles, jueves y viernes lamentas estar vivo. El sábado puedes por fin tomar un poco de caldo ligero, sentarte en cubierta y responder con una pálida y dulce sonrisa a las personas de corazón bondadoso que te preguntan qué tal te sientes. El domingo empiezas de nuevo a andar y a ingerir alimentos sólidos. Y el lunes por la mañana, cuando te encuentras de pie junto a la barandilla de cubierta, con la maleta y el paraguas en la mano, el viaje empieza a gustarte de verdad.

Recuerdo que mi cuñado hizo una vez un corto viaje por mar, por motivos de salud. Compró un billete de ida y vuelta Londres–Liverpool, y cuando llegó a Liverpool lo único que deseaba ardientemente era vender el billete de vuelta.

Tengo entendido que lo anduvo ofreciendo por toda la ciudad a un precio extraordinariamente reducido y que, finalmente, lo vendió por dieciocho peniques a un jovenzuelo de aspecto bilioso a quien los médicos habían aconsejado hacer ejercicio en un ambiente marino.

–¡Ambiente marino! –dijo mi cuñado, poniéndole el billete afectuosamente en la mano–. Tendrás todo el ambiente marino que vayas a necesitar en tu vida, y en cuanto a ejercicio, vas a hacer más, sentado en el barco, que dando saltos mortales en tierra firme.

El, por su parte –me refiero a mi cuñado–, regresó en tren. Dijo que el ferrocarril del Noroeste era suficientemente saludable para él.

Otro conocido mío emprendió un viaje de una semana por la costa y, antes de zarpar, el mayordomo le abordó para preguntarle si deseaba pagar la comida a medida que la fuera consumiendo o prefería pagar todo de una vez.

El mayordomo recomendó el segundo sistema, alegando que era mucho más barato. Dijo que podía arreglarle toda la semana por dos libras y cinco chelines. Para desayunar habría pescado, seguido de una parrillada. El almuerzo era a la una, y estaba compuesto por cuatro platos. La cena a las seis: sopa, pescado, entrada, filete, carne de ave. ensalada, dulces, queso y postre. Y una ligera colación de carne a las diez.

Mi amigo decidió aceptar el asunto de las dos libras y cinco chelines (tiene muy buen diente), y así lo hizo.

El almuerzo se sirvió cuando pasaban frente a Sheerness. No tenía toda el hambre que había pensado, por lo que se contentó con un poco de carne de buey hervida y unas fresas con nata. Lo reconsideró con frecuencia a lo largo de la tarde, y en algún momento le pareció que llevaba semanas comiendo solamente carne de buey hervida y en otros le pareció que hacía años que se alimentaba únicamente de fresas con nata.

Tampoco el buey y las fresas parecían estar a gusto... ambos alimentos estaban descontentos.

A las seis vinieron a anunciarle que la cena estaba servida. La noticia no le produjo el menor entusiasmo, pero consideró que había que justificar algo de las dos libras y cinco chelines, así que, sujetándose a cuerdas y otros objetos, bajó al comedor. Al pie de la escalera le dio la bienvenida un agradable olor a cebolla y jamón caliente, mezclado con pescado frito y verduras. El mayordomo se acercó con una sonrisa untuosa y le dijo:

–¿Qué desea el caballero?

–Deseo que me saquen de aquí –respondió débilmente mi conocido.

Así que lo subieron rápidamente, lo apuntalaron a sotavento y lo dejaron allí.

Durante los cuatro días siguientes vivió una vida sencilla e irreprochable a base de galleta de marinero de poca masa (lo que tenía poca masa era la galleta, no los marineros) y agua carbónica. Llegado el sábado, sin embargo, se encontró en mejor forma y se atrevió a ingerir un té poco cargado con tostadas al natural, y el lunes ya se estaba atiborrando de caldo de pollo. Bajó del barco el martes y, apesadumbrado, lo observó alejarse del muelle con su rastro de humo.

–Allí va –dijo–. Allí va, llevando a bordo comida por valor de dos libras que me pertenece y que no he probado.

Dijo que si le hubieran dado un día más habría solucionado el asunto.

En vista de lo cual, me opuse al viaje en barco. No, expliqué, por motivos personales. Yo no soy delicado. Pero temía por George. George dijo que por él no había problema, que más bien le gustaría, pero que nos aconsejaba a Harris y a mí que no pensásemos en ello, porque estaba seguro de que nos íbamos a marear los dos. Harris dijo que a él siempre le había parecido un misterio cómo la gente se las arreglaba para marearse en el mar –en su opinión, lo hacían a propósito, para presumir–; dijo que él lo había deseado a menudo pero que nunca lo había conseguido.

Después nos contó anécdotas sobre una ocasión en que había cruzado el Canal con un mar tan furioso que hubo que atar a los pasajeros a sus catres, ocasión en la

que las dos únicas personas a bordo que no se sintieron enfermas fueron él y el capitán. A veces los únicos sanos eran él y el segundo oficial, pero en general eran él y otra persona. Cuando no eran él y otra persona, era él sólo.

Resulta curioso, pero el hecho es que nadie se marea. en tierra firme. En el mar uno se tropieza con mucha gente que se encuentra en verdad muy mal, montones de gente, pero en tierra jamás he encontrado una persona que tenga la menor idea de lo que es marearse. El escondite terrestre de los miles y miles de malos marineros que se acumulan en los barcos es un verdadero misterio.

Si la mayor parte de la gente fuera como un individuo que vi un día en el barco de Yarmouth, podría solucionar el supuesto enigma con relativa facilidad. Recuerdo que era justo frente al muelle de Southend, y que él estaba con medio cuerpo asomado por un ojo de buey, en una postura muy peligrosa. Me acerqué para intentar salvarle.

–¡Eh! ¡Métase más para adentro! –le dije, sacudiéndole por el hombro–. Se va a ir al agua.

–¡Ay de mí! Ojalá me fuera –fue la única respuesta que pude obtener, por lo que tuve que dejarle donde estaba.

Tres semanas más tarde, me tropecé con él en el salón de café de un hotel de Bath, relatando sus viajes y explicando entusiasmado cuánto amaba el mar.

–¡Buen marinero! –decía, respondiendo a las envidiosas preguntas de un tímido jovenzuelo–. Bueno, confieso que *una* vez me sentí algo raro. Fue frente al Cabo de Hornos. El barco naufragó a la mañana siguiente.

Yo dije:

–¿No se sentía usted algo mal un día, frente al muelle de Southend, cuando deseaba caer al mar?

–¡El muelle de Southend! –respondió, con expresión de asombro.

–Sí. Camino de Yarmouth, el viernes pasado hizo tres semanas.

–Oh, ah, sí –respondió, mientras su rostro se iluminaba–. Ya me acuerdo. Aquella tarde tenía dolor de cabeza. Era el escabeche, ¿sabe? El escabeche más lamentable que he probado en un barco respetable. ¿ Lo probó *usted?*

En lo que a mí toca, he descubierto un excelente preventivo contra el mareo, que consiste en balancearse. Se sitúa uno en mitad de cubierta y, siguiendo el cabeceo y bamboleo del barco, se desplaza el cuerpo para mantenerlo siempre derecho. Cuando se levanta la proa del barco, uno se inclina hacia adelante, hasta casi tocar la cubierta con la nariz; y cuando se eleva la popa, uno se inclina hacia atrás. Da muy buen resultado durante una o dos horas, pero uno no puede andar columpiándose una semana entera.

George dijo:

–¿Por qué no remontamos el río?

Dijo que tendríamos aire fresco, ejercicio y tranquilidad. El cambio constante de paisaje nos mantendría el cerebro ocupado (incluyendo lo que le quedaba de cerebro a Harris) y el trabajo duro nos abriría el apetito y nos haría dormir bien.

Harris dijo que, en su opinión, George haría mejor en abstenerse de todo aquello que pudiera tender a hacerle más dormilón de lo que ya era, porque podría ser peligroso. Dijo que no comprendía muy bien cómo iba a arreglárselas George para dormir más de lo que ya dormía, dado que el día no tiene más que veinticuatro horas, tanto en verano como en invierno. Consideró, en cualquier

caso, que si dormía *más,* lo mismo le daba morirse, con lo que ahorraría además los gastos de pensión.

Harris dijo, sin embargo, que la idea del río, por su parte, le parecía tan ajustada como una «T». No sé lo que será una «T» (el único té que conozco es el de seis peniques, que incluye pan con mantequilla y bizcocho *ad lib*, lo que es barato, sobre todo si no has cenado). Me parece, sin embargo, que a todo el mundo le va, lo que dice mucho en su favor.

También a mí me agradó la sugerencia, y Harris y yo dijimos que George había tenido una buena idea, y lo dijimos en un tono que parecía de alguna manera implicar que nos sorprendía que George dijera alguna vez algo tan sensato.

La sugerencia sólo disgustó a Montmorency. A Montmorency nunca le había gustado gran cosa el río.

«A vosotros os parece muy bien –dijo–. Os gusta, pero a *mí* no. No tengo nada que hacer allí. El paisaje no es lo mío, y no fumo. Si veo una rata, seguro que no os detendréis, y si me duermo os pondréis a tontear por la barca y me tiraréis al agua. Si queréis mi opinión, os diré que este asunto me parece una estupidez monumental.»

Eramos, no obstante, tres contra uno, y la iniciativa fue aprobada.

CAPITULO II

Planificación. Placeres del camping en noches despejadas. Idem, en noches lluviosas. Se llega a un compromiso. Montmorency, primeras impresiones. Temor de que sea demasiado bueno para este mundo, temor finalmente desvanecido por infundado. Se levanta la sesión.

Sacamos los mapas e hicimos planes.

Decidimos salir de Kingston el sábado siguiente. Harris y yo bajaríamos por la mañana para llevar la barca hasta Chertsey, y George, que no iba a poder escaparse de la City hasta la tarde (George duerme todos los días en un Banco, de diez a cuatro, salvo los sábados, día en que lo despiertan y lo sacan a las dos), se reuniría allí con nosotros.

¿Acamparíamos al aire libre o dormiríamos en posadas?

George y yo estábamos en favor de acampar al sereno. Dijimos que sería algo libre y salvaje, muy patriarcal.

La memoria dorada del sol poniente se desvanece en los corazones de las nubes, tristes y frías. Las aves, como niños dolientes, dejan de cantar, y sólo el lamento de la perdiz blanca y el áspero graznido de las codornices rompen el sepulcral susurro del lecho líquido donde el día moribundo exhala su último suspiro.

Desde los mortecinos bosques de ambas riberas, el fantasmal ejército de la noche, las sombras grises, se aproximan con pasos ahogados para perseguir a la vacilante retaguardia de la luz, cruzando, con pies silenciosos e invisibles, sobre las algas que se agitan y los juncos que susurran. La noche, sentada en su trono sombrío, pliega sus alas negras sobre el mundo oscurecido y reina silenciosa desde su fantasmal palacio, iluminado por las pálidas estrellas.

Entonces conducimos nuestra barca a algún tranquilo escondrijo, instalamos la tienda y preparamos e ingerimos nuestra frugal cena. Después llenamos y encendemos nuestras grandes pipas, y la agradable charla transcurre en un tono bajo y musical. Mientras tanto, en las pausas de nuestra conversación, el río, jugueteando con la barca, narra antiguos y extraños relatos y secretos, canta suavemente la vieja canción infantil que lleva miles de años cantando –y cantará muchos miles de años más, hasta que su voz se haga áspera y vieja–, esa canción que nosotros, que hemos aprendido a amar su cambiante rostro y tantas veces nos hemos mecido en su blando seno, creemos de alguna forma comprender, aunque no podríamos relatar con palabras la historia que escuchamos.

Y allí estamos, sentados en la orilla, mientras la Luna, que también la ama, se inclina para besarla con un beso fraterno y se aferra a ella abrazándola con sus brazos de plata Contemplamos cómo el río fluye, siempre cantando, siempre susurrando, al encuentro de su rey, el mar, hasta que nuestras voces se transforman en silencio y nuestras pipas se apagan, y nosotros, jóvenes y triviales como el que más, nos sentimos extrañamente henchidos de pensamientos agridulces y no intentamos ni deseamos hablar, hasta que rompemos a reír y, limpiando de cenizas nuestras pipas apagadas, nos damos las buenas noches y, arrullados por el rumor de las aguas y el murmullo de las hojas en los árboles, nos dormimos bajo las inmensas e inmóviles estrellas y soñamos que el mundo es otra vez joven –joven y dulce como era hasta que muchos siglos de inquietud y angustia llenaron de arrugas su hermoso rostro, hasta que los pecados y locuras de sus hijos envejecieron su corazón amante–, joven como era en el lejano día en que, como una joven madre, nos amamantaba a nosotros, sus hijos, con su profundo seno, hasta que los ardides de una falsa civilización nos alejaron de sus amorosos brazos y las muecas ponzoñosas de la artificialidad nos hicieron avergonzarnos de la vida sencilla que llevábamos con ella y del hogar sencillo y majestuoso donde la humanidad naciera hace muchos miles de años.

Harris dijo:

–¿Y qué pasa si llueve?

No hay forma de emocionar a Harris. Harris no tiene nada de poético... ni la menor ansia de alcanzar lo inalcanzable. Harris nunca «llora, sin saber por qué». Si los ojos de Harris se llenan de lágrimas será seguramente porque está comiendo cebolla cruda o porque se ha echado demasiada salsa de Worcester en la chuleta.

Si te encuentras de noche en la orilla del mar con Harris y dices:

–¡Escucha! ¿No oyes nada? ¿Serán las sirenas cantando en la profundidad de las agitadas aguas? ¿Serán tristes espíritus entonando cantos fúnebres por los blancos cadáveres que retienen las algas?

Harris te cogerá del brazo y dirá:

–Muchacho, ya sé lo que te pasa; estás resfriado. Anda, ven conmigo. Conozco un lugar a la vuelta de la esquina donde puedes conseguir una copa del mejor whisky escocés que has probado en tu vida. Te curarás en menos que canta un gallo.

Harris siempre conoce un lugar a la vuelta de la esquina donde se puede obtener algo extraordinario en materia de bebida. Me imagino que si uno se encontrase con Harris en el Paraíso (suponiendo que ello fuera posible), Harris le saludaría inmediatamente, diciendo:

–Me alegra verte por aquí, camarada. He encontrado un lugar a la vuelta de la esquina donde dan un néctar de primera.

Sin embargo, en la presente ocasión, y por lo que toca al problema del camping, su punto de vista práctico resultó ser una sugerencia muy oportuna. Acampar cuando llueve no es muy agradable.

Anochece. Estás empapado, en la barca hay dos pulgadas de agua, todo está húmedo. Encuentras un espacio en la orilla que no está tan encharcado como los demás, atracas, sacas con gran esfuerzo la tienda y dos de vosotros os ponéis a instalarla.

Está empapada y pesa mucho, se agita, se te cae encima, se te enreda en la cabeza hasta sacarte de tus casillas. La lluvia cae regularmente, sin interrupción. Ya es bastante difícil instalar una tienda cuando no está lloviendo; si llueve, la labor es hercúlea. Te da la impresión de que tu compañero, en vez de ayudarte, está haciendo el idiota. Tan pronto has conseguido colocar tu lado satisfactoriamente, él tira del suyo y lo estropea todo.

–¡Oye! ¿Qué haces? –gritas.

–¿Qué haces tú? –responde–. ¡Suelta ya de una vez!

–¡No tires! ¡Lo estás haciendo todo al revés, pedazo de animal! –gritas tú.

–¡Nada de eso !–responde a gritos–. ¡Suelta de tu lado!

–¡Te digo que lo estás haciendo mal! –ruges, lamentando no tenerlo al alcance de la mano. Tiras violentamente de tus cuerdas y le arrancas todas las estacas.

–Ah, maldito idiota –le oyes murmurar. Después sientes un tirón brutal y todo tu lado se suelta. Dejas la maza en el suelo y te diriges al otro lado para decirle lo que piensas de todo el asunto, y él, al mismo tiempo, empieza a rodear la tienda en la misma dirección para explicarte su punto de vista. Al rato de perseguiros alrededor de la tienda insultándoos mutuamente, la tienda se derrumba y os encontráis frente a frente, separados por las ruinas, y los dos exclamáis al unísono, indignados:

–¡Ves lo que pasa! ¡Te lo estaba diciendo!

Mientras tanto, el tercer hombre, que estaba achicando agua en la barca y que se ha empapado la manga y lleva diez minutos jurando sin cesar, quiere saber a qué demonios estáis jugando y por qué no está ya instalada la condenada tienda.

Finalmente, de una u otra forma, se instala, y se bajan las cosas. No hay la menor posibilidad de encender un fuego de leña, así que encendéis la estufa de petróleo y os agrupáis a su alrededor.

El principal componente de la cena es el agua de lluvia. El pan está compuesto por dos terceras partes de agua, el pastel de carne es extraordinariamente rico en ella, y la mermelada, la mantequilla, la sal y el café se han mezclado con agua hasta convertirse en sopa.

Terminada la cena, descubres que el tabaco está húmedo y que no puedes fumar. Afortunadamente, tienes una botella del producto que anima y embriaga, ingerido en cantidad adecuada, y ello te devuelve suficiente interés por la vida como para irte a la cama.

Una vez allí, sueñas que de pronto se te ha sentado un elefante en el pecho, y que el volcán ha hecho explosión y te ha arrojado al fondo del mar... con el elefante aún tranquilamente dormido en tu seno. Te despiertas y te acomete la idea de que ha ocurrido algo realmente espantoso. Tu primera impresión es que

ha llegado el fin del mundo. Después piensas que no puede ser, que en realidad estás rodeado de ladrones y asesinos, o que hay un incendio, opinión que expresas en la forma habitual en estos casos. El auxilio, sin embargo, no llega, y todo lo que percibes es que hay miles de personas dándote puntapiés, y que te asfixias.

Parece que alguien más allá está en dificultades. Oyes sus apagados gritos, que vienen de debajo de tu cama. Decidido, en cualquier caso, a vender cara tu vida, luchas frenéticamente, golpeando a derecha e izquierda con brazos y piernas y chillando vigorosamente todo el tiempo, hasta que, finalmente, algo cede y consigues destaparte la cabeza. A dos pies de distancia ves a un rufián semidesnudo que quiere asesinarte, y cuando te aprestas a un combate a vida o muerte con él, te das cuenta de que se trata de Jim.

–¡Oh! ¡Conque eras tú! –dice él, reconociéndote al mismo tiempo.

–Sí –respondes, frotándote los ojos–: ¿ Qué ha pasado?

–El aire ha tirado la maldita tienda, creo –dice–. ¿Dónde está Bill?

Entonces los dos levantáis la voz gritando «¡Bill!», y el suelo se estremece y agita bajo vuestros pies, mientras la voz ahogada que antes oísteis responde desde el fondo de las ruinas:

–¿Es que no podéis quitaros de encima de mi cabeza?

Y Bill sale con esfuerzo, hecho un guiñapo, embarrado, pisoteado, y de un humor innecesariamente agresivo... convencido, evidentemente, de que todo ha sido a propósito.

Al llegar la mañana os habéis quedado los tres sin voz, debido a los severos resfriados contraídos por la noche. También os sentís muy pendencieros, y durante el desayuno no cesáis de dirigiros denuestos a base de roncos susurros.

Decidimos, en consecuencia, que acamparíamos cuando las noches fueran despejadas, y que cuando lloviera, o cuando nos apeteciera cambiar un poco, pasaríamos las noches en hoteles, posadas o tabernas.

Montmorency aprobó calurosamente el compromiso. La soledad romántica no es de su gusto. A él le va mejor lo ruidoso; y si es algo vulgar, mejor aún. Viendo a Montmorency, uno se imagina que es un ángel caído del cielo, apartado de la humanidad, por alguna *razón,* bajo la forma de un pequeño foxterrier. Montmorency tiene un aspecto de Ay–qué–mundo–más–malvado–es–este–y–cómo–me–gustaría–hacer–algo–para–mejorarlo que en más de una ocasión ha humedecido los ojos de piadosos ancianos y ancianas.

Cuando pasó a vivir a mi costa, nunca pensé que podría tenerle conmigo mucho tiempo. Me sentaba frecuentemente a mirarle, mientras él me miraba, sentado en la alfombra, y pensaba:

«Este perro no vivirá mucho tiempo. Del brillante cielo bajará un carruaje para llevárselo. Sí, así tiene que ser.»

Sin embargo, tras haber tenido que pagar aproximadamente una docena de pollos que había matado, tras haberle arrancado, cogiéndole por la piel del cuello, mientras gruñía y pateaba, de ciento catorce peleas callejeras, tras haber recibido la visita de una mujer iracunda, que me llamó asesino, con un gato muerto en los brazos, tras haber sido denunciado por el vecino de dos casas más allá por tener suelto a un perro feroz que le había obligado a encerrarse en su cobertizo durante dos horas una noche helada, sin atreverse a asomar la nariz, y tras enterarme de que el jardinero, sin que yo lo supiera, había ganado treinta chelines apostando

por él en la caza de ratas contra reloj, empecé a pensar que a lo mejor le dejaban quedarse un poco más de tiempo en la Tierra.

La idea que Montmorency tiene de la vida consiste en merodear por los establos, reunir una banda compuesta por los perros de peor reputación de la ciudad y conducirles por los barrios bajos a pelear con otros perros de mala reputación. En consecuencia, como ya he dicho, aprobó muy calurosamente la sugerencia de las posadas, tabernas y hoteles.

Una vez solucionado el problema del descanso nocturno a satisfacción de los cuatro interesados, lo único que quedaba por determinar era lo que íbamos a llevar. Cuando empezamos a discutirlo, Harris dijo que ya estaba bien de retórica para una noche y propuso salir a echar una canita al aire, alegando que había encontrado un lugar, al otro lado de la plaza, donde daban un whisky irlandés que valía la pena probar.

George dijo que tenía sed (que yo sepa, siempre tiene sed), y como yo tenía el presentimiento de que un poco de whisky templado, con una pizca de limón, le sentaría bien a mi dolencia, la sesión se levantó, por unanimidad, hasta la noche siguiente, y los miembros de la asamblea se pusieron sus respectivos sombreros y salieron a la calle.

CAPÍTULO III

Planes definitivos. El método de trabajo de Harris. Cómo cuelga un cuadro un jefe de familia de cierta edad. George hace una observación sensata. Delicias del baño a primera hora de la mañana. Precauciones para caso de naufragio.

A la tarde siguiente nos reunimos de nuevo para discutir y definir nuestros planes. Harris dijo:

–Bueno, lo primero que hay que decidir es qué vamos a llevar. Tú, J., coge un papel y escribe, y tú, George, saca el catálogo de ultramarinos, y que alguien me dé un lápiz que voy a hacer una lista.

Así es Harris..., siempre dispuesto a aceptar personalmente el peso de todo el trabajo para depositario sobre las espaldas de los demás.

Siempre me recuerda a mi pobre tío Podger. Estoy seguro de que no hay en el mundo una casa tan agitada como la del tío Podger cuando éste decide hacer algo concreto. Supongamos que llegara un cuadro recién enmarcado, y que se encontrara en el comedor en espera de ser colgado. La tía Podger preguntaba qué había que hacer, y el tío Podger decía:

–Oh, déjalo de *mi* cuenta. No os preocupéis, ninguno de vosotros. *Yo* lo haré todo.

Entonces se quitaba la chaqueta e iniciaba el trabajo.

Mandaba a la criada a comprar seis peniques de clavos, y después a uno de los chicos a decirle de qué tamaño. Y a partir de ese momento, progresivamente, ponía en movimiento a toda la casa.

–Ahora, Will, búscame el martillo –decía–. Y tú, Tom, tráeme el metro; y también voy a necesitar la escalera, y será mejor tener a mano una silla de cocina. Y tú, Jim, corre a casa de mister Goggles y dile: «Papá le manda recuerdos y espera que esté mejor de las piernas; y que si le deja su nivel.» Y tú, María, no te vayas,

porque voy a necesitar a alguien que me sostenga la luz; y cuando vuelva la criada que salga otra vez y me traiga un poco de cuerda de colgar cuadros; y tú, Tom..., ¿dónde está Tom?... Tom, ven aquí. Necesito que me pases el cuadro.

Entonces cogía el cuadro y se le escapaba de las manos y se salía del marco, y él trataba de salvar el cristal y se cortaba. Entonces se ponía a dar saltos por la habitación, buscando el pañuelo. No encontraba el pañuelo porque lo tenía en el bolsillo de la chaqueta que se había quitado y no sabía dónde la había puesto, así que toda la casa tenía que dejar de buscar las herramientas y ponerse a buscar la chaqueta, mientras él danzaba a su alrededor obstaculizándoles.

–¿Es que no hay nadie en la casa que sepa dónde está mi chaqueta? No he visto inútiles más grandes en toda mi vida... os doy mi palabra. ¡Nada menos que seis! ¡Y no sois capaces de encontrar una chaqueta que no hace ni cinco minutos que me he quitado! Desde luego, por todos los...

Entonces se levantaba, se daba cuenta de que se había sentado encima de la chaqueta y gritaba:

–¡Bueno, podéis dejarlo! Ya la he encontrado. Sería más sensato pedirle al gato que busque las cosas que esperar que vosotros las encontréis.

Y tras emplear media hora en vendarle el dedo, cuando llegaba un cristal nuevo y le traían las herramientas, la silla, la escalera y la vela, se ponía otra vez a intentarlo, rodeado en semicírculo por la familia, incluidas la criada y la asistenta, todos dispuestos a cooperar. Dos personas tenían que sujetar la silla, una tercera que ayudarle a subirse y sujetarle allí, una cuarta le daba un clavo y una quinta le pasaba el martillo, y él cogía el clavo y se le caía al suelo.

–¡Ya veis! –decía, con tono dolido–. Ahora nos hemos quedado sin clavo.

Y todos teníamos que arrodillarnos y buscar por el suelo, mientras él, de pie en la silla, gruñía y preguntaba si le iban a tener allí toda la noche.

Finalmente aparecía el clavo, pero entonces se le había perdido el martillo.

–¿Dónde está el martillo? ¿ Qué he hecho con el martillo? ¡Santo Cielo! ¡Siete personas mirando como papanatas y nadie sabe qué he hecho con el martillo!

Le encontrábamos el martillo y entonces perdía de vista la marca que había hecho en la pared para meter el clavo, y todos teníamos que subirnos a la silla, a su lado, para ver si la encontrábamos; y cada cual la encontraba en un sitio distinto, y nos llamaba idiotas a todos, por turno, y nos decía que bajásemos. Entonces cogía el metro, medía de nuevo y descubría que quería saber la mitad de treinta y un pulgadas y tres octavos desde el rincón y trataba de calcularlo de memoria y se enfurecía.

Entonces todos tratábamos de calcularlo de memoria, y todos llegábamos a resultados diferentes y nos hacíamos muecas insultantes. El número original se olvidaba en el curso de la riña y tío Podger tenía que medir de nuevo.

Esta vez usaba un cabo de cuerda, y en el momento crítico, cuando el viejo idiota se inclinaba sobre la silla en un ángulo de cuarenta y cinco grados, tratando de llegar a un punto situado tres pulgadas más allá de su posible alcance, la cuerda resbalaba y él se deslizaba hasta caer sobre el piano, produciendo un efecto musical de gran elegancia cuando la cabeza y el cuerpo golpeaban súbita y simultáneamente todas las notas.

Y la tía María decía que no estaba dispuesta a permitir que los niños oyeran tales palabrotas.

Finalmente, el tío Podger conseguía determinar de nuevo el punto, apoyaba en él el clavo con la mano izquierda y cogía el martillo con la derecha. Con el primer golpe se aplastaba el pulgar y, dando un alarido, dejaba caer el martillo sobre los dedos de los pies de alguno de los presentes.

La tía María comentaba dulcemente que esperaba que el tío Podger le comunicara con antelación la próxima vez que se le ocurriera clavar un clavo en la pared, con el fin de tomar las disposiciones necesarias para pasar una semana con su madre mientras se completaba la operación.

–¡Vaya! Las mujeres siempre tenéis que organizar un lío por cualquier tontada –respondía el tío Podger mientras se incorporaba–. Pues a mí estos trabajitos me *gustan.*

Y entonces se ponía otra vez a ello y, al segundo intento, el clavo atravesaba limpiamente el yeso, seguido por la mitad del martillo, y el tío Podger se precipitaba contra la pared con tal fuerza que casi se aplastaba la nariz.

Entonces teníamos que buscar otra vez el metro y la cuerda, tras lo cual se hacía un nuevo agujero. A eso de la media noche, el cuadro quedaba en su sitio, torcido e inseguro, varios metros de pared parecían revocados con un rastrillo, y todo el mundo estaba agotado y deprimido... menos el tío Podger.

–Ahí tenéis –decía, bajando de la silla a los callos de la asistenta y observando con evidente satisfacción el lío que había organizado–. Hay gente que se ve obligada a contratar a alguien para hacer esta nadería.

Harris va a convertirse en un hombre así cuando sea mayor. Lo sé, y así se lo dije. Le dije que no podía permitir que cargara con todo el trabajo.

–No, tú consigue el papel, y el lápiz, y el catálogo, y George que escriba, y yo me haré cargo del trabajo.

Tuvimos que desechar la primera lista que redactamos. Evidentemente, la sección superior del Támesis no tenía envergadura suficiente para permitir la navegación de una barca del tamaño necesario para cargar lo que habíamos apuntado como indispensable. Así que rompimos la lista en pedazos y nos miramos en silencio.

George dijo:

–Mirad, llevamos muy mal camino. No tenemos que pensar en todo lo que nos pueda servir, sino sólo en lo que nos sea imprescindible.

George es a veces bastante sensato, aunque parezca sorprendente. Su opinión fue la de un sabio, no sólo en lo que toca al presente caso, sino también en lo que se refiere al transcurso por el río de la vida en general. Mucha es la gente que, para realizar ese viaje, carga su barca casi hasta los topes, a riesgo de hundirla, con un montón de estupideces que considera esenciales para mayor placer y comodidad del viaje, pero que en realidad no son sino trastos inservibles.

Atiborran la frágil embarcación hasta la altura del mástil con ropajes delicados y grandes casas, con criados inútiles y una hueste de buenos amigos que les son indiferentes y les pagan con la misma indiferencia, con costosos entretenimientos que a nadie divierten, con formulismos y modas, con pretensiones y ostentación y con el más loco de los trastos, el cuidado por la opinión del vecino, así como con lujos empalagosos, con placeres aburridos, con una vanidad vacía que, como la corona de hierro de los criminales de antaño, hiere y obnubila a la cabeza que la sostiene.

Lastre, compañero..., ¡lastre, y nada más! ¡Tíralo por la borda! Agrega tanto peso a la barca que te hará desvanecerte sobre los remos. La hace tan lenta y peligrosa de pilotar que nunca conocerás un momento libre de ansiedades y cuidados, nunca alcanzarás un instante de descanso para el ocio soñador..., no tendrás tiempo para contemplar las ventosas sombras que se deslizan con ligereza sobre los bajos fondos, ni los brillantes rayos de luz que revolotean sobre las ondas, ni los grandes árboles de la ribera que contemplan su propia imagen, ni los verdes y dorados bosques, ni los lirios blancos y amarillos, ni la oscura ondulación de los juncos, ni las juncias, ni las orquídeas, ni los nomeolvides.

¡Tira el lastre por la borda, compañero! Que la barca de tu vida sea ligera, equipada tan sólo con lo necesario... un hogar sencillo, placeres simples, uno o dos amigos que merezcan tal nombre, alguien a quien amar y alguien que te ame, un perro, un gato, una o dos pipas, lo justo para alimentarte, lo justo para vestirte y un poco más de lo justo para beber, pues la sed es peligrosa.

Verás entonces que es más fácil mover la barca, que no correrá tanto peligro de zozobrar y que no importará tanto que zozobre; los bienes sencillos y de calidad resisten el agua. Tendrás tiempo para pensar y tiempo para trabajar. Tiempo para beber el sol de la vida, tiempo para escuchar la música eólica que el viento de Dios pulsa en las cuerdas de los corazones humanos que nos rodean, tiempo para...

Oh, lo lamento. Me había distraído.

El caso es que pusimos la lista en manos de George, y éste empezó a redactarla.

–No hace falta llevar una tienda –sugirió George–. Usaremos una barca con capota. Es mucho más sencillo y mucho más cómodo.

Parecía buena idea, y la aceptamos. Ni sé si habrán visto ustedes alguna vez el aparato a que me refiero. Se ponen aros de hierro por encima de la barca, se extiende una enorme lona sobre ellos, se sujeta bien en todas partes, de proa a popa, y la barca se convierte en una especie de casita, de lo más acogedora, aunque un poco sofocante. Pero claro, todo tiene sus inconvenientes, como decía un cierto individuo cuando, tras la muerte de su suegra, le hicieron pagar los gastos del funeral.

George dijo que en ese caso deberíamos llevar sendas alfombrillas, una lámpara, algo de jabón, un cepillo y un peine (compartidos), un cepillo de dientes (cada uno), una palangana, algo de polvo dentífrico, enseres de afeitado (parece un ejercicio de francés, ¿verdad?) y un par de toallas grandes de baño. Sé que la gente hace complicadísimos preparativos para bañarse cada vez que se acerca un poco al agua, pero también sé que no se bañan gran cosa cuando llegan a ella.

Lo mismo ocurre cuando uno va a la costa. Cuando pienso en Londres sobre el tema siempre tomo la decisión de levantarme temprano todas las mañanas para darme un chapuzón antes del desayuno, y meto religiosamente en la maleta unos pantalones y una toalla de baño. Siempre me compro pantalones de baño de color rojo. Me encuentro bien con pantalones de baño rojos. Me van muy bien con el cutis. Sin embargo, cuando llego al mar no me da la impresión de desear ese baño mañanero tanto como lo deseaba en la ciudad, ni mucho menos.

Al contrario, siento que lo que más me gusta es quedarme en la cama hasta el último momento, y después levantarme y desayunar. La virtud ha triunfado en

alguna ocasión y he llegado a levantarme, a medio vestirme, a coger los pantalones y la toalla de baño y a ponerme torpemente en marcha, sintiéndome muy desgraciado. Pero nunca lo he pasado bien. Parece que siempre me tienen preparado un levante especialmente frío cuando voy a bañarme a primeras horas de la mañana. Y además escogen piedras triangulares y las ponen encima de las demás, y afilan las rocas y cubren las puntas con un poco de arena para que no las vea, y cogen el mar y se lo llevan a dos millas de donde estaba, así que tengo que cogerme yo mismo en brazos y saltar, tiritando, en una profundidad de seis pulgadas. Y cuando por fin llego al mar, lo encuentro agitado y bastante insultante.

Una ola inmensa me eleva y me hace caer sentado, con la mayor fuerza posible, encima de una roca que me han puesto allí. Y sin darme tiempo a decir: «¡Oh! ¡Ugh!» ni a enterarme de lo que ha pasado, la ola vuelve y me lleva hasta la mitad del océano. Nado frenéticamente hacia la costa, preguntándome si volveré a mi hogar y a mis amigos, y lamento no haber sido más amable con mi hermana menor cuando era niño (cuando *yo* era niño, quiero decir). Cuando ya he abandonado toda esperanza la ola se retira y me deja tendido sobre la arena con los brazos y las piernas abiertos como si fuera una estrella de mar, y entonces me levanto, miro hacia atrás y observo que he estado nadando desesperadamente para salvar la vida en una profundidad de dos pies de agua. Me alejo brincando, me visto y me arrastro hasta casa, donde tengo que fingir que lo he pasado bien.

En este caso, todos hablamos como si fuéramos a darnos un prolongado baño todas las mañanas. George comentó lo agradable que era despertarse en la barca con el fresco de la mañana y zambullirse en las límpidas aguas. Harris dijo que no había nada que abriese tanto el apetito como un baño antes del desayuno. George dijo que si le iba a dar a Harris más hambre de la habitual, él se oponía a que Harris se bañase.

Dijo que ya tendríamos bastante trabajo remolcando río arriba toda la comida que Harris iba a necesitar sin necesidad de bañarse.

Sin embargo, cuando le dije a George que iba a ser mucho más agradable tener a Harris limpio y fresco por la barca, aunque tuviéramos que llevar unos pocos quintales más de provisiones, aceptó mi punto de vista y retiró su oposición al baño de Harris. Acordamos, finalmente, llevar *tres* toallas de baño, para que ninguno tuviera que quedarse esperando.

En cuanto a ropa, George dijo que dos trajes de franela serían suficientes, pues podríamos lavarlos nosotros mismos en el río cuando se ensuciasen. Le preguntamos si había probado alguna vez a lavar franela en el río, y respondió:

–Bueno, yo personalmente no, pero conozco a gente que lo ha hecho, y no es difícil.

Harris y yo tuvimos la debilidad de creer que sabia de qué estaba hablando, y que tres jóvenes respetables, sin posición ni influencia y sin experiencia en el arte de lavar, pueden realmente lavar sus camisas y pantalones en el Támesis con un poquito de jabón.

Días más tarde, cuando ya no había remedio, supimos que George era un miserable impostor, que evidentemente no podía saber nada del asunto. Si vieran cómo quedó la ropa... pero, como dicen las novelas baratas, nos estamos anticipando.

George insistió en que lleváramos una muda de ropa interior y muchos calcetines, por si naufragábamos y queríamos cambiarnos; y también una buena provisión de pañuelos, que servirían para limpiar lo que hiciera falta, y un par de botas de cuero, además de nuestros zapatos marineros, porque las necesitaríamos si naufragábamos.

CAPÍTULO IV

La cuestión de la comida. Objeciones contra el petróleo por razones de ambiente. Ventajas del queso como compañero de viaje. Una mujer casada abandona su hogar. Más provisiones para caso de naufragio. Hago el equipaje. La obstinación de los cepillos de dientes. George y Harris preparan el equipaje. Conducta deplorable de Montmorency. Nos retiramos a descansar.

Después discutimos la cuestión de la comida. George dijo:

–Empecemos por el desayuno –(George es un hombre muy práctico)–. Para el desayuno vamos a necesitar una sartén –(Harris dijo que eso no era digestible, pero nos limitamos a pedirle que no fuera tan burro, y George prosiguió)–. Una tetera, un cacharro para calentar agua y un hornillo de metílico.

–Nada de petróleo –dijo George, con una mirada significativa, y Harris y yo asentimos.

En una ocasión habíamos llevado un hornillo de petróleo, pero «nunca más». Fue como pasar una semana en un almacén de petróleo. ¡Qué emanaciones! Nunca he visto nada con tantas emanaciones como el petróleo. Pusimos el hornillo en el morro de la barca y sus emanaciones llegaban hasta el timón, impregnando toda la barca y cuanta cosa encontraba en su camino, y las emanaciones se extendían por el río, saturaban el paisaje y estropeaban el ambiente. A veces soplaba un viento petrolífero de levante, y a veces soplaba un viento petrolífero del norte y a veces quizás un viento petrolífero del sur, pero tanto si venía de las nieves árticas como si se originaba en las desnudas arenas del desierto, a nosotros nos llegaba igualmente cargado de un perfume de petróleo.

Y las emanaciones de petróleo ascendían y estropeaban la puesta de sol. Y los rayos de luz lunar, desde luego, apestaban a petróleo.

En Marlow tratamos de huir. Dejamos la barca junto al puente y cruzamos a pie la población para escaparnos, pero nos siguió. El pueblo entero estaba lleno de petróleo. Cruzamos el cementerio, y daba la impresión de que la gente estaba enterrada en petróleo. La calle Mayor apestaba a petróleo. Nos preguntamos cómo podía vivir aquella gente. Salimos por el camino de Birmingham y caminamos un gran numero de millas; pero todo fue inútil, hasta el campo estaba saturado de petróleo.

Al final del viaje nos reunimos a media noche bajo un roble marchito, en un lugar solitario, e hicimos un juramento solemne (llevábamos una semana jurando por aquel asunto en la forma ordinaria y burguesa, pero ésta fue una ocasión especial), un juramento solemne de no volver a llevar jamás petróleo en una barca... excepto, naturalmente, en caso de enfermedad.

En consecuencia, en la presente ocasión nos conformamos con el metílico, que de por sí es ya bastante desagradable. Comes pastel metílico y tarta metílica. Pero el metílico es más sano que el petróleo cuando el organismo lo ingiere en grandes cantidades.

En cuanto a los demás componentes del desayuno, George sugirió huevos con *bacon*, que son fáciles de hacer, carne fría, té, pan con mantequilla y mermelada. Para almorzar, dijo, podíamos llevar galleta, carne fría, pan con mantequilla y mermelada... pero *nada de queso.* El queso, como el petróleo, es demasiado exigente. Necesita toda la barca para él solo. Desborda el cesto e impregna de sabor a queso a todo lo demás. No hay forma de saber si se está comiendo tarta de manzana, salchichas alemanas o fresas con nata. Todo sabe a queso. El queso tiene un aroma demasiado fuerte.

Recuerdo que un amigo mío compró una vez en Liverpool un par de quesos. Eran unos quesos espléndidos, maduros y blandos, con un perfume de una potencia de doscientos caballos de vapor, un alcance garantizado de tres millas y el poder de derribar a un hombre a una distancia de doscientas yardas. Yo me encontraba entonces en Liverpool, y mi amigo me preguntó si no me importaba llevármelos conmigo a Londres, porque él tenía que quedarse un par de días más y pensaba que los quesos no debían quedarse mucho tiempo.

–Oh, encantado, querido –respondí–. Encantado.

Recogí los quesos y me los llevé en un coche de alquiler. Era un aparato desvencijado, arrastrado por un animal patizambo, asmático y sonámbulo a quien su dueño, en un momento de charlatán entusiasmo, describió con el nombre de caballo. Puse los quesos encima e iniciamos la marcha, bamboleándonos de forma que hubiera enorgullecido al más veloz de los vapores, y tan alegres como un tañido funerario, hasta que llegamos a la primera esquina. Allí, el cambio en la dirección del viento llevó el aroma de los quesos hasta el corcel. El animal despertó y, con un relincho de terror, alcanzó una velocidad de tres millas por hora. El viento seguía soplando hacia él, y antes de llegar al final de la calle ya se había lanzado hasta casi alcanzar las cuatro millas por hora, dejando muy atrás a todos los tullidos y a las ancianas gordas.

Para sujetarle en la estación, el conductor tuvo que recurrir a la ayuda de dos mozos, y aún así no creo que lo hubieran conseguido de no ser por la presencia de ánimo de uno de ellos, que le cubrió la nariz con un pañuelo y quemó un pedazo de papel de estraza.

Saqué el billete y ascendí, orgulloso, hasta el andén, mientras la gente se apartaba respetuosamente a ambos lados. El tren estaba completamente lleno, y tuve que meterme en un departamento donde ya había siete personas. Penetré en él a pesar de las protestas de un anciano y áspero caballero y, tras depositar los quesos en la red de equipaje, me instalé a empujones, sonriendo amablemente, y comenté que hacía bastante calor. Al poco rato, el anciano caballero empezó a dar señales de inquietud.

–Esto está muy cargado –dijo.

–Muy opresivo –dijo su vecino de asiento.

Ambos empezaron a olisquear, y al tercer venteo captaron directamente el aroma, se levantaron y, sin pronunciar una sola palabra, salieron. Después se levantó una corpulenta anciana que, tras comentar que era lamentable martirizar de tal forma a una señora casada y respetable, recogió una maleta y ocho paquetes y se fue. Los cuatro pasajeros restantes aún permanecieron un rato sentados, hasta que un hombre de aspecto solemne, situado en un rincón, cuya apariencia general y forma de vestir parecían indicar su pertenencia al gremio de las pompas

fúnebres, dijo que aquello le recordaba a un lactante muerto. Los otros tres pasajeros trataron de salir por la puerta al mismo tiempo, produciéndose algunas lesiones.

Sonreí al caballero de negro y le dije que parecía que íbamos a tener todo el departamento para nosotros solos. El, por su parte, rió amablemente y comentó que la gente se preocupa demasiado por tonterías. Cuando nos pusimos en marcha, sin embargo, pareció deprimirse profundamente, así que al llegar a Crewe le invité a tomar una copa. Aceptó, nos abrimos camino a empujones hasta el *buffet,* donde gritamos, pateamos y agitamos los paraguas durante un cuarto de hora, hasta que una joven dama se acercó y nos preguntó si queríamos algo.

–¿Qué quiere? –dije, volviéndome hacia mi amigo.

–Media corona de brandy, sin agua, si no le importa, señorita –respondió.

Y, tras bebérselo todo, se marchó silenciosamente y se metió en otro vagón, cosa que me sentó bastante mal.

A partir de Crewe tuve el departamento a mi entera disposición, a pesar de que el tren iba atestado. Cuando nos deteníamos en alguna estación, los nuevos viajeros, viendo el departamento vacío, se lanzaban hacia él.

–¡Aquí, María! ¡Hay sitio de sobra!

–Muy bien, Tom. ¡Vamos allá!

Y corrían a toda prisa, transportando pesadas maletas, y se agolpaban ante la puerta, tratando de entrar los primeros. En cuanto uno de ellos abría la puerta y subía las escaleras, se desplomaba de espaldas en los brazos del que le seguía. Todos metían la cabeza, husmeaban y se marchaban para penetrar a empujones en otro departamento o pagar la diferencia e instalarse en primera.

Al llegar a Euston llevé los quesos a casa de mi amigo. Cuando su esposa entró en la habitación, husmeó un instante a su alrededor. Después dijo:

–¿Qué ocurre? No me oculte nada.

Yo dije:

–Son quesos. Tom los compró en Liverpool y me pidió que se los trajera.

Y añadí que esperaba comprendiera que yo no tenía nada que ver con todo aquello, a lo que me respondió que no le cabía duda, pero que ya hablaría con Tom sobre el asunto a su regreso.

Mi amigo se vio obligado a permanecer en Liverpool más tiempo del previsto, y tres días más tarde, como todavía no había vuelto, su esposa vino a verme. Dijo:

–¿Qué instrucciones le dio Tom sobre los quesos?

Le respondí que su esposo había dispuesto que los conservasen en un lugar húmedo y que nadie los tocase.

Ella dijo:

–No es probable que los toque nadie. ¿Los olió Tom? Le dije que creía que sí, y añadí que Tom parecía tenerles gran cariño.

–¿Cree que se disgustaría si le diese un soberano a alguien para que se los llevara y los enterrara?

Respondí que, en mi opinión, su esposo no volvería jamás a sonreír.

De repente se le ocurrió una idea. Me dijo:

–¿No le importaría guardárselos usted? Se los enviaré.

–Señora –respondí–, a mí, personalmente, me agrada el olor del queso, y siempre recordaré mi viaje del otro día con los quesos de Liverpool como el final

feliz de unas agradables vacaciones. En este mundo, no obstante, tenemos también que tomar en consideración a los demás. La dama bajo cuyo techo tengo la honra de residir es viuda, y tengo entendido que quizás también huérfana. Se resiste con vigor, y hasta con elocuencia, a que abusen de ella. Tengo la intuición de que consideraría la presencia de los quesos de su esposo en la casa como un abuso. Y no quiero que se pueda decir de mí que he abusado de viudas y huérfanos.

–Le comprendo –dijo la esposa de mi amigo, poniéndose en pie–. No me queda más que una solución: irme con los niños a un hotel hasta que alguien se coma los quesos. Me niego a convivir un instante más con ellos.

Cumplió su palabra, dejando el lugar a cargo de la asistenta, que, preguntada si podía soportar el olor, respondió: «¿Qué olor?»

Cuando la acercaron al queso y le pidieron que oliera bien, dijo que detectaba un leve olor a melón. De aquí se dedujo que el ambiente no podía perjudicarla gravemente, y fue abandonada en la casa.

La cuenta del hotel no bajó de quince guineas. Mi amigo, tras hacer sus cálculos, llegó a la conclusión de que los quesos le habían costado ocho chelines y seis peniques la libra. Dijo que el queso le entusiasmaba, pero que no podía permitirse tal lujo, por lo que había decidido librarse de ellos. Los tiró al canal, pero tuvo que repescarlos, porque los barqueros protestaron. Dijeron que sentían desvanecimientos. Después los llevó, aprovechando la oscura noche, al cementerio parroquial, pero el párroco los descubrió y organizó un gran escándalo.

Dijo que era un complot para privarle de sus medios de vida resucitando a los muertos.

Mi amigo se libró finalmente de ellos llevándolos a un pueblecito costero y enterrándolos en la playa. El lugar se hizo bastante famoso. Los visitantes decían que hasta entonces nunca se habían dado cuenta de lo fuerte que era el aire, y muchos años después seguían acudiendo tuberculosos y otros enfermos de los pulmones.

En consecuencia, y a pesar de lo que me gusta el queso, sostengo que George tenía razón al negarse a llevarlo.

–No haremos merienda –dijo George (Harris se abatió al oírlo)–, pero comeremos de todo y abundantemente a las siete... merienda, cena y tentempié nocturno de una vez.

Harris se animó un poco. George sugirió pasteles de carne y de fruta, carne fría, tomates, fruta y verduras. Para beber llevaríamos un maravilloso aunque pegajoso invento de Harris, que se mezclaba con agua y recibía el nombre de limonada, té en abundancia, y una botella de whisky, por si naufragábamos, como dijo George.

A mí me pareció que George insistía demasiado en la idea del naufragio. Me pareció que no era el espíritu adecuado para hablar del viaje.

Me alegro, sin embargo, de haber llevado el whisky.

No llevamos vino, ni cerveza. Es un error llevar tales cosas al río. Te hacen sentirte pesado y soñoliento. Un vaso por la noche, con ocasión de alguna correría por el pueblo para ver a las chicas, no hace daño. Pero no hay que beber con un sol de justicia en la cabeza y mucho que trabajar.

Hicimos una lista de lo que íbamos a llevar, y cuando aquella noche nos separamos la lista era bastante larga. Al día siguiente, que era viernes, lo

compramos todo y nos reunimos por la noche para hacer el equipaje. Elegimos una gran maleta para la ropa y un par de grandes cestos para las vituallas y los utensilios de cocina. Acercamos la mesa a la ventana, apilamos todo en mitad de la habitación y nos sentamos a contemplarlo.

Dije que me encargaría del equipaje.

Mi habilidad en la preparación del equipaje siempre me ha enorgullecido. Es una de las muchas cosas que en mi opinión hago mejor que nadie (a veces yo mismo me sorprendo de su gran número). Así se lo dije a George y a Harris, manifestándoles que lo mejor era dejar el asunto en mis manos. Aceptaron la sugerencia con una rapidez que me pareció sospechosa. George encendió la pipa y se repantingó en el diván y Harris puso los pies en la mesa y encendió un cigarrillo.

Eso no era en absoluto lo que yo pretendía. Mi intención, naturalmente, era mangonear mientras Harris y George seguían mis instrucciones, apartándoles de vez en cuando diciendo: «¿Qué haces? Mira, mejor déjame hacerlo. Ya está, no era tan difícil...», enseñándoles, por así decirlo. La forma en que se lo tomaron me irritó. Nada me irrita más que ver a otros holgazanear mientras yo trabajo.

En cierta ocasión viví con un individuo que me sacaba de mis casillas por esa razón. Se pasaba el día tumbado en el sofá mientras yo hacía mis cosas y me seguía con la vista por toda la habitación. Decía que le sentaba realmente bien contemplar mis evoluciones. Decía que le hacían sentir que la vida no es un sueño ocioso que transcurre entre cabezadas y bostezos, sino una noble labor de cumplimiento del deber y duro trabajo. Decía que a menudo se preguntaba cómo podía vivir antes de conocerme, sin nadie a quien contemplar realizando su trabajo.

No, yo no soy así. No puedo permanecer indiferentemente sentado mientras otra persona trabaja como un esclavo. Me gusta levantarme y supervisar, caminar de un lado a otro con las manos en los bolsillos y decirle lo que tiene que hacer. Soy enérgico por naturaleza. No es culpa mía.

A pesar de todo, no dije nada y me puse a hacer el equipaje. Tardé más de lo que había previsto, pero finalmente terminé la maleta, me senté encima y ajusté las correas.

–¿No vas a meter las botas? –dijo Harris.

Me volví y observé que las había dejado fuera. Eso es típico de Harris. Naturalmente, tenía que esperar a que cerrase y asegurase la maleta antes de abrir la boca. Y George se rió: una risa muy suya, irritante, insensata, tonta, vacía, que me saca de quicio.

Abrí la maleta y metí las botas. Cuando ya estaba a punto de cerrarla me asaltó una terrible duda. ¿Había metido el cepillo de dientes? Por alguna razón desconocida, nunca sé con certeza si he metido el cepillo de dientes.

Mi cepillo de dientes es un objeto embrujado, que me martiriza cada vez que salgo de viaje. Sueño que no lo he metido en la maleta, me despierto empapado en sudor, me levanto de la cama y me pongo a buscarlo. Y por la mañana lo meto en la maleta antes de haberlo usado, y cuando me doy cuenta tengo que deshacer toda la maleta, siempre es lo último que sale, y después hago de nuevo la maleta y me vuelvo a olvidar el cepillo, y tengo que correr escaleras arriba a toda prisa en el último momento y llevármelo a la estación envuelto en un pañuelo.

Como es natural, tampoco esta vez lo encontré a la primera, a pesar de que, como es natural, saqué uno por uno todos los objetos que había metido. Dejé las cosas más o menos en el mismo estado en que debían encontrarse antes de la creación del mundo, cuando reinaba el caos. Como es natural, encontré dieciocho veces los cepillos de George y Harris, pero el mío no. Metí de nuevo las cosas, una por una, sacudiéndolas cuidadosamente. Entonces lo encontré metido en una bota. Hice de nuevo el equipaje.

Cuando hube terminado, George me preguntó si había metido el jabón. Le respondí que me importaba un bledo si el jabón estaba dentro o fuera, cerré la maleta violentamente, ajusté las correas, observé que me había dejado dentro la petaca y tuve que abrir de nuevo. A las diez y cinco de la noche quedó finalmente cerrada, y todavía había que preparar los cestos. Harris dijo que debíamos ponernos en marcha en menos de doce horas, por lo que pensaba que mejor sería dejárselo a George y a él. Accedí, me senté y les dejé probar suerte.

Empezaron muy alegremente, con la evidente intención de enseñarme a hacerlo. Yo no hice el menor comentario; me limité a esperar. En cuanto ahorquen a George, Harris se habrá convertido en el peor empacador de este mundo; así que, contemplando las montañas de platos y tazas, cacharros, botellas, jarras, pasteles, hornillos, tartas, tomates, etc., intuí que no tardaría en divertirme.

Me divertí. Empezaron por romper una taza. Eso fue exactamente lo primero que hicieron. Lo hicieron simplemente para demostrar lo que eran *capaces* de hacer e interesar al público.

Inmediatamente después, Harris instaló la mermelada de fresa encima de un tomate y lo aplastó, y tuvieron que recoger los restos del tomate con una cucharilla de té.

Cuando le llegó el turno a George, éste no tardó en pisar la mantequilla. Yo permanecí en silencio, pero me acerqué a la mesa y me senté en el borde para observarlos. Aquello los irritó mucho más que cualquier cosa que hubiera podido decirles. Lo sentí claramente. Los agitaba y los ponía nerviosos, y pisaban las cosas, o las dejaban a un lado y después no las encontraban cuando las querían; metieron los pasteles en el fondo, y encima varios objetos pesados que los aplastaron.

Lo llenaron todo de sal, y en lo que toca a la mantequilla puedo asegurar que jamás he visto a dos personas sacarle tanto partido a un chelín y dos peniques de mantequilla. Cuando George consiguió quitársela de la zapatilla, intentaron meterla en la tetera. No hubo forma de hacerla entrar, pero lo que *metieron* se negó a salir. Finalmente consiguieron sacarla a base de rascar la tetera, la pusieron sobre una silla y Harris se sentó encima y se le quedó pegada. La buscaron por toda la habitación.

–Juro por lo más sagrado que la puse en esa silla –dijo George, sin apartar la vista del asiento vacío.

–Yo mismo te vi dejarla, no hace ni un minuto –dijo Harris.

Volvieron a buscar por toda la habitación, hasta que se encontraron en el centro de la misma, mirándose desolados.

–Es la cosa más extraordinaria que he visto en mi vida –dijo George.

–¡Muy misterioso! –dijo Harris.

Entonces George se puso detrás de Harris y la vio.

–¡Mira dónde la tienes! –exclamó, indignado.

–¿Dónde? –dijo Harris, dando media vuelta.

–¿Es que no puedes quedarte quieto? –rugió George, lanzándose sobre él.

Al fin se hicieron con ella y la metieron en la tetera.

Montmorency, naturalmente, participó en todo. La ambición de Montmorency en la vida consiste en meterse donde no debe y ser increpado. Si consigue introducirse precisamente donde no le quieren y convertirse en una pesadilla, sacando a todo el mundo de sus casillas hasta que empiezan a lanzarle toda suerte de objetos a la cabeza, considera que ha aprovechado bien el día.

Su más preciado objetivo y fin es conseguir que alguien se tropiece con él, dé con sus huesos en el suelo y le increpe sin parar durante una hora entera. Cuando tiene éxito en su empresa, su vanidad llega a hacerse insoportable.

Procuraba sentarse encima de los diversos objetos precisamente cuando alguien quería empacarlos, y daba por supuesto que, cada vez que Harris o George alargaban el brazo en busca de algo, lo que querían era su morro húmedo y frío. Metió una pata en la mermelada, dispersó las cucharillas, jugó con los limones como si fueran ratas, metiéndose en el cesto y matando tres antes de que Harris le alcanzara con la sartén.

Harris dijo que yo le incitaba. Yo no le incitaba en absoluto. Un perro así no necesita que nadie le incite. Lo que le lleva a comportarse como lo hace es un pecado natural, el pecado original.

El equipaje quedó terminado a la una menos diez. Harris se sentó en el cesto grande y dijo que esperaba que no se hubiera roto nada. George dijo que lo que estuviera roto *ya estaba* roto, reflexión que pareció consolarle. También dijo que tenía ganas de irse a la cama. Todos teníamos ganas de irnos a la cama. Harris se quedaba a dormir con nosotros, así que subimos al piso de arriba.

Nos jugamos las camas a cara o cruz y a Harris le tocó dormir conmigo. Dijo:

–¿Prefieres el interior o el exterior, J.?

Yo respondí que en general prefiero dormir *dentro* de la cama.

Harris dijo que eso estaba pasado de moda.

George dijo:

–¿A qué hora queréis que os despierte?

Harris dijo:

–A las siete.

Yo dije:

–No, a las seis, porque quiero escribir unas cartas.

Harris y yo tuvimos una considerable discusión sobre el asunto, pero terminamos partiendo la diferencia y aceptando las seis y media.

–Despiértanos a las seis y media, George –dijimos.

George no respondió, y al acercarnos observamos que llevaba un buen rato dormido, en vista de lo cual le pusimos la palangana de forma que al levantarse tropezase con ella y nos metimos en la cama.

CAPÍTULO V

La señora P. nos despierta. George, el perezoso. El timo del «parte meteorológico». El equipaje. La maldad del jovenzuelo. La gente nos rodea. Partimos a lo grande y llegamos a Waterloo. La inocencia de los empleados del Ferrocarril del Sudoeste en lo que toca a asuntos de este mundo como los trenes. A flote en una barca abierta.

Fue la señora Poppets quien nos despertó a la mañana siguiente.

Dijo:

–¿Sabe usted que son las nueve en punto, señor?

–¿Las nueve en qué? –grité, incorporándome sobresaltado.

–Las nueve en punto –respondió, hablando por la cerradura–. Creo que se les han pegado las sábanas.

Desperté a Harris y le informé. Me dijo:

–¿No pretendías que me levantase a las seis?

–Claro que sí –respondí.

–¿Por qué no me has despertado? –respondió él–. Ahora no vamos a llegar al río hasta las doce. Me pregunto por qué te molestas en levantarte.

–Vaya –contesté–. Suerte has tenido de que me haya despertado. Y si no llego a despertate a ti, habrías dormido quince días.

Dedicamos los siguientes cinco minutos a escupirnos lindezas de este estilo, hasta vernos interrumpidos por un provocativo ronquido de George, que nos hizo recordar, por primera vez en el día, el hecho de su existencia. El caballero que ayer quería saber a qué hora deseábamos despertarnos estaba tumbado boca arriba, con la boca abierta de par en par y las rodillas encogidas.

Por alguna razón que no alcanzo a comprender, la visión de otra persona dormida cuando yo estoy despierto me pone furioso. Me parece vergonzoso ser testigo del desperdicio de las preciosas horas de la vida de un hombre, esos momentos inapreciables que nunca recuperará, dedicados al sueño embrutecedor.

Y allí estaba George, dilapidando con horrenda pereza los dones inestimables del tiempo, malgastando su valiosa vida sin utilizar los innumerables segundos de que tendría en su momento que dar cuenta, sin ocasión de atiborrarse de huevos con *bacon*, de molestar al perro, de flirtear con la criada, allí tumbado y sumergido en un olvido que atenazaba el alma.

Temblé de sólo pensarlo, y parece que Harris pensó lo mismo que yo. Nos dispusimos a salvarle, y nuestra noble decisión nos hizo olvidar nuestras rencillas. Nos lanzamos sobre él, le arrancamos las sábanas, Harris le golpeó con una zapatilla, yo grité con la boca pegada a su oreja y George se despertó.

–¿Qué demonios pasa? –comentó, incorporándose.

–¡Levántate, pedazo de alcornoque! –rugió Harris–. Son las diez menos cuarto.

–¿Qué? –chilló, levantándose y tropezando con la palangana–. ¿Quién diablos ha puesto eso ahí?

Le dijimos que hacía falta ser tonto para no ver la palangana.

Terminamos de vestirnos y, al repasar los últimos detalles, recordamos que habíamos metido en la maleta los cepillos de dientes, el peine y el cepillo (estoy seguro de que mi cepillo de dientes va a acabar conmigo), y tuvimos que bajar y sacarlos de la maleta. Y cuando terminamos, George dijo que quería los utensilios de afeitarse. Le comunicamos que tendría que privarse del afeitado esa mañana, porque no estábamos dispuestos a deshacer otra vez la maleta para él ni para nadie de su especie.

George dijo:

–No seáis absurdos. ¿Cómo voy a ir así a la *City*?

Desde luego, la *City* no nos lo iba a agradecer, pero ¿qué nos importaban a nosotros los sufrimientos humanos? Como dijo Harris, con su estilo ordinario y vulgar, la *City* tendría que tragárselo.

Bajamos a desayunar. Montmorency había invitado a otros dos perros a la despedida, y los tres mataban el tiempo peleando en la puerta de entrada. Les calmamos con un paraguas y nos dispusimos a devorar unas chuletas y un poco de ternera fría.

Harris dijo:

–No hay nada como un buen desayuno. –Atacó para empezar un par de chuletas, alegando que las prefería calientes, mientras que la ternera podía esperar.

George cogió el periódico y nos leyó la sección de siniestros marítimos y el parte meteorológico, que profetizaba «lluvia, frío, precipitaciones dispersas» (que debe ser algo peor que el espantoso tiempo habitual), «tormentas ocasionales, viento de levante con depresión general sobre los condados centrales (Londres y Canal). Barómetro en descenso».

En mi opinión, el «parte meteorológico» es la más irritante de todas las absurdas estupideces que nos acosan. «Prevé» con precisión lo que ocurrió ayer o anteayer, y precisamente lo opuesto a lo que va a suceder hoy.

Recuerdo que un año, avanzado ya el otoño, desperdicié completamente unas vacaciones por hacer caso de la información meteorológica del periódico local. «Grandes chubascos, con tormenta, para el día de hoy», decía el lunes, y nosotros renunciamos a nuestra excursión y nos pasamos el día metidos en casa en espera de la lluvia. La gente pasaba por delante de la casa en carricoches y calesas, felices de la vida. El sol brillaba y no se veía una sola nube.

–¡Ah! –decíamos, mirándoles desde la ventana–. Van a regresar empapados.

Y nos reíamos de pensar en su regreso, calados hasta los huesos. Avivamos el fuego, sacamos nuestros libros y organizamos nuestros ejemplares de algas y conchas marinas. A eso de las doce, con un sol de justicia derramándose por la ventana, el calor empezaba a resultar opresivo y nosotros empezábamos a preguntarnos cuándo llegarían los grandes chubascos y las ocasionales tormentas.

–¡Ah! Ya verás, caerán por la tarde –nos decíamos–. Esa gente se va a poner como una sopa. ¡Qué risa!

A eso de la una, la patrona entró a preguntarnos si no íbamos a salir, con un día tan bueno.

–No, no –respondimos, sonriendo como expertos–. Nosotros no. *Nosotros* no tenemos la menor intención de mojarnos, de ninguna manera.

Y cuando llegó el atardecer, sin el menor indicio de lluvia, tratamos de consolarnos pensando que iba a caer todo de una vez, cuando la gente iniciara el regreso y se encontrase sin posibilidad de cobijarse, con lo que se mojarían más que en toda su vida. Pero no cayó una sola gota, y el espléndido día fue rematado por una hermosa noche.

A la mañana siguiente cogimos el periódico y leímos que íbamos a tener un «día templado y estable; mucho calor». Nos echamos ropa ligera encima, salimos, y media hora después empezó a llover a raudales mientras se levantaba un viento

helado, y la lluvia y el viento no cesaron en todo el día. Regresamos a casa resfriados y reumáticos y nos metimos en la cama.

El tiempo atmosférico es algo que escapa a los límites de mi inteligencia. Jamás entiendo nada. El barómetro es perfectamente inútil, tan engañoso como el parte del periódico.

Recuerdo haber visto un barómetro en un hotel de Oxford la primavera pasada. Cuando llegué marcaba «tiempo estable». Estaba lloviendo a cántaros, y llevaba así todo el día, lo que me dejó confuso Golpeé el barómetro con los nudillos y la aguja saltó y se detuvo en «muy seco». El botones, que pasaba por ahí, se detuvo y me dijo que el artefacto se refería al día de mañana. Le pregunté si no se referiría a la semana antepasada, pero no fue de esa opinión.

A la mañana siguiente le di otro golpecito y subió aún más, mientras la lluvia arreciaba. El miércoles repetí la operación y la aguja pasó por «estable», «muy seco» y «muy caluroso» y no se detuvo hasta llegar al tope que le impedía seguir adelante. Hizo lo que pudo, pero el instrumento estaba construido de forma que impedía profetizar mejor tiempo sin romperse. Se veía que la aguja pugnaba por avanzar para pronosticar sequía, gran escasez de agua, sol abrasador, simún y circunstancias análogas, pero el tope se lo impedía y tenía que contentarse señalar un vulgar «muy seco».

Mientras tanto, la lluvia seguía cayendo torrencialmente hasta el punto de que la parte baja de la ciudad estaba ya inundada por la crecida del río.

El botones me dijo que, evidentemente, *alguna vez* íbamos a tener una larga temporada de buen tiempo, y me un poema grabado en la parte superior del oráculo:

> *Lo muy predicho es duradero;*
> *lo recién anunciado efímero.*

Aquel verano no hizo buen tiempo ni un solo día. Supongo que el artefacto se refería a la primavera siguiente.

Hay también otros barómetros, de nuevo estilo, largos y delgados. Para mí no tienen ni pies ni cabeza. Un lado se refiere a las diez de la mañana de ayer y el otro a las diez de la mañana de hoy, pero uno no siempre puede llegar a las diez. Sube y baja para indicar lluvia o buen tiempo, con más o menos viento, y en un lado pone Nly y en el otro Ely (no sé por qué razón) y si le das un golpecito no responde. Y tienes que adaptarlo al nivel del mar y reducirlo a grados Fahrenheit, y ni siquiera así me entero de lo que dice.

Pero ¿quién quiere que le predigan el tiempo? Bastante malo es de por sí cuando llega, sin necesidad de martirizarse sabiéndolo de antemano. El profeta que nos gusta es el anciano que, una mañana sombría de un día que deseamos especialmente sea bueno, otea el horizonte con ojo de conocedor y dice:

–Oh, no señor, creo que va a levantar. Vamos a tener sol, sí señor.

–Ah, sabe lo que dice –comentamos. Le deseamos un buen día y nos ponemos en marcha. ¡Qué maravilla, lo que saben estos viejos!

Y sentimos por aquel hombre un afecto que no cambia por el hecho de que *no* aparezca el sol y la lluvia no se interrumpa en todo el día.

–Bueno –pensamos–, hizo lo que pudo.

Respecto al hombre que nos pronostica mal tiempo, sin embargo, no concebimos más que pensamientos amargos y vengativos.

–Va a aclarar, ¿no le parece? –gritamos, optimistas, al pasar por su lado.

–¡Ay, no señor! Me temo que seguirá así todo el día –responde, moviendo la cabeza de lado a lado.

–¡Viejo estúpido! –murmuramos–. ¿Qué sabrá *él*?

Y si su predicción resulta correcta regresamos aún más resentidos, y con la vaga idea de que en cierto modo ha sido culpa suya.

Aquella mañana de marras era demasiado clara y soleada para que las espeluznantes noticias de George sobre «barómetro en descenso», «perturbaciones atmosféricas en línea oblicua sobre Europa meridional» y «descenso de presión» nos impresionaran gran cosa. En consecuencia, al ver que no podía deprimimos y que estaba perdiendo el tiempo, me robó un cigarrillo que yo acababa de liar cuidadosamente y se marchó.

Harris y yo, tras terminar lo poco que quedaba en la mesa, llevamos el equipaje hasta la puerta principal y esperamos a que pasara un coche de alquiler.

Al juntar el equipaje observamos que abultaba bastante. Llevábamos la maleta y el maletín de mano, los dos cestos de provisiones, un montón de mantas enrolladas, unos cuatro o cinco abrigos y gabardinas, unos pocos paraguas, un melón en una bolsa porque no cabía en ningún otro sitio, un par de libras de uvas en otra bolsa, una sombrilla japonesa de papel y una sartén que, dada su longitud, no habíamos podido empacar e iba envuelta en papel de estraza.

Parecía una barbaridad, y Harris y yo empezamos a sentirnos algo avergonzados, aunque no sé muy bien por qué. No pasaba ningún coche de alquiler, pero sí una buena cantidad de golfillos callejeros, que al parecer se sentían atraídos por el espectáculo y se paraban a mirar.

El primero en aparecer fue el chico de Biggs. Biggs es nuestro verdulero y su más notable especialidad es conseguir los servicios de los recaderos más pícaros y desvergonzados que haya producido la civilización. En cuanto aparece por el barrio un pilluelo más retorcido de lo normal, sabemos que se trata de la última adquisición de Biggs. Tengo entendido que, con ocasión del crimen de Great Coram Street, todo el vecindario decidió que el chico de Biggs (el de entonces) estaba implicado en el asunto, y si el muchacho no hubiera podido probar a satisfacción su coartada cuando fue severamente interrogado por el número 19, que estaba de servicio la mañana posterior al crimen (asistido por el número 21, que andaba por allí por casualidad), lo habría pasado mal. Yo entonces no conocía al chico de Biggs, pero juzgando por lo que después he visto, personalmente no me habría fiado gran cosa de la coartada.

El chico de Biggs, como ya he dicho, apareció por la esquina. Al principio parecía llevar mucha prisa, pero al vernos a Harris y a mí se relajó para contemplarnos. Harris y yo le pusimos muy mala cara. Este detalle habría quizás herido a una naturaleza más sensible, pero los chicos de Biggs no son, por regla general, muy quisquillosos. Se detuvo cuando llegó a nuestra altura y, eligiendo una buena paja para mascar, nos miró de hito en hito. Evidentemente, estaba dispuesto a permanecer allí hasta el desenlace de la cuestión.

Al poco rato apareció en la acera de enfrente el chico de la tienda de ultramarinos. El de Biggs le llamó.

–¡Eh! ¡Los del bajo del 42 están de mudanza!

El de ultramarinos cruzó la calle y tomó posiciones al otro lado de la puerta principal de la casa. Después acudió el caballerete de la zapatería, que se unió al chico de Biggs, mientras el superintendente de las latas vacías de «Las Columnas Azules» tomaba una posición independiente en la acera.

–No se van a morir de hambre, ¿verdad? –dijo el caballero de la zapatería.

–¡Ah! Si tú fueras a cruzar el Atlántico en una barquita –respondió el «Columnas Azules»– también llevarías alguna que otra cosa.

–No van a cruzar el Atlántico –interrumpió el chico de Biggs–. Van en busca de Stanley.

Para entonces ya se había reunido una pequeña muchedumbre, y la gente se preguntaba qué pasaba. Unos (la porción joven y casquivana de la muchedumbre) sostenían que se trataba de una boda y tomaban a Harris por el novio; otros, los más maduros y reflexivos del populacho, parecían más bien interpretar que se trataba de un funeral, y que yo era probablemente un hermano del cadáver.

Al fin pasó un coche vacío (por lo general, en nuestra calle los coches de alquiler pasan a un ritmo de tres por minuto cuando no los necesitas, y remolonean y se interponen en tu camino) y, embutiéndonos en él con nuestras pertenencias, partimos entre los vítores de la multitud, tras expulsar a un par de amigos de Montmorency que, evidentemente, habían jurado no abandonarle nunca. El chico de Biggs nos lanzó una zanahoria para desearnos suerte.

Llegamos a Waterloo a las once y preguntamos por dónde salía el tren de las once y cinco. Como es natural, nadie lo sabía. En Waterloo nadie sabe por dónde sale ningún tren, ni, caso de que ya haya salido, adónde va, ni nada que se le parezca. El mozo que nos llevaba las cosas pensaba que saldría por el andén número dos, pero otro mozo, consultado sobre el problema, dijo que había escuchado el rumor de que salía por el andén número uno. El jefe de estación, por su parte, estaba convencido de que salía por el andén de cercanías.

Para solucionar de una vez el problema subimos al piso de arriba para interrogar al superintendente de tráfico, que nos dijo que acababa de hablar con alguien que había afirmado verlo en el andén número tres. Nos encaminamos al andén número tres, pero las autoridades del lugar nos indicaron que, en su opinión, el tren que allí se veía era el expreso de Southampton o, en todo caso, el circular de Windsor. Pero estaban seguros de que no se trataba del tren de Kingston, aunque no podían dar razones que fundamentaran su seguridad.

Nuestro mozo sugirió entonces buscarlo en el andén superior. Dijo que le parecía haber visto alguna vez ese tren. Subimos, en consecuencia, al andén superior, hablamos con el maquinista y le preguntamos que si iba a Kingston. Nos dijo que, naturalmente, no estaba seguro, pero que había grandes probabilidades. En cualquier caso, dijo, si no era el 11:05 de Kingston sería el 9:32 de Virginia Water, o el expreso de las 10:00 de la Isla de Wight, o algo de por ahí cerca, y añadió que todos nos enteraríamos cuando llegásemos. Le pusimos media corona en la mano y le rogamos que fuera el 11:05 de Kingston.

–En esta línea –dijimos–, nadie se va a enterar de qué es ni de adónde va. Usted conoce el camino. Salga con disimulo y llévenos a Kingston.

–No puedo darles seguridades, caballeros –respondió aquel noble espíritu–, pero supongo, en cualquier caso, que *algún* tren tiene que ir a Kingston. ¿Por qué no el mío? Me quedaré con esta media corona.

De esta forma llegamos a Kingston por la línea de Londres y el Sudoeste.

Después nos enteramos de que el tren que nos había llevado era en realidad el correo de Exeter, y que en Waterloo se habían pasado muchas horas buscándolo, y que nadie sabía dónde se había metido.

Nuestra barca nos esperaba en Kingston, debajo del puente. A ella nos encaminamos, a su alrededor almacenamos nuestro equipaje y en ella nos metimos.

–¿Listos, señores? –preguntó el encargado.

–Listos –respondimos. Harris se hizo cargo de los remos, yo del timón; Montmorency, desconfiado y abatido, se instaló en proa, y empezamos a surcar las aguas habíamos elegido como hogar de los próximos quince días.

FIN